

REPORTAJE A DON ANDRES BELLO

por ENRIQUE BELLO

Hace cerca de dos años presenté, en un programa de televisión, el reportaje a don Andrés Bello que aquí incluyo. La finalidad de este trabajo era la de acercar al personaje a nuestro tiempo, para comprenderlo mejor en toda su dimensión. El método de la "entrevista" fue mixto: busqué primero textos de Don Andrés y en seguida coloqué mis preguntas, y a la inversa, formulé algunas preguntas y busqué después en las obras del sabio americano las posibles respuestas. No fue difícil encontrarlas. El tuvo siempre respuestas precisas, que se originaban en su tremenda cultura humanística y científica, superior a la de muchos europeos ilustres de su época, y en su afinado talento creativo.

Para dar mayor realismo a la entrevista —de hecho la televisión se presta para este tipo de dramatizaciones de la realidad— obtuve la colaboración del distinguido actor Agustín Siré, Director del Instituto del Teatro de la Universidad de Chile, quien interpretó la voz de Don Andrés Bello, a la vez que aparecía constantemente su imagen sobreimpresa a la del retrato del fundador, hecho por Monvoisin.

El repórter no ha inventado aquí nada. A través de las respuestas textuales del Rector fundador se apreciará cómo su pensamiento continúa hoy vigente; cómo, a pesar del tiempo transcurrido, su espíritu aún nos acompaña y nos ayuda, en momentos como los presentes en que, de nuevo, la Universidad necesita hacerse oír, si desea conservar íntegramente su función rectora en la vida nacional.

Iniciaré, pues, a continuación, una entrevista a Don Andrés Bello. Las respuestas corresponden a textos tomados totalmente de sus obras literarias y científicas, sin modificación alguna.

REPORTER: —Nuestra primera pregunta, don Andrés, va dirigida a la educación primaria. ¿Qué trascendencia señala usted a la educación básica en la formación inicial de nuestra juventud?

DON ANDRES: —Nunca puede ser excesivo el desvelo de los gobiernos en un asunto de tanta trascendencia. Fomentar los establecimientos públicos destinados a una corta porción de su pueblo no es fomentar la educación, porque no basta formar hombres hábiles en las altas profesiones; es preciso formar ciudadanos útiles; es preciso mejorar la sociedad. ¿Qué haremos con tener oradores, jurisperitos y estadistas si la masa del pueblo vive sumergida en la noche de la ignorancia, y ni puede cooperar en la parte que le toca a la marcha de los negocios, ni a la riqueza, ni ganar aquel bienestar a que es acreedora la gran mayoría de un Estado? No fijar la vista en los medios más a propósito para educarla, sería no interesarse en la prosperidad nacional.

La educación común no es para formar sabios de primer orden, porque no todos los hombres tienen aptitudes para ello, sino para ponerlos en estado de desarrollar por sí mismos sus potencias, conocer sus derechos y obligaciones y llenar sus deberes con inteligencia.

REPORTER: —¿Qué método aconseja usted, don Andrés, para la mejor enseñanza de la historia, y para el cabal eslabonamiento de sus hechos?

DON ANDRES: —El joven que saluda por la primera vez la historia difícilmente podrá entenderlos y apreciarlos. Destituído de conoci-

mientos preparatorios, le sería necesario que los admitiese sobre palabra; inconveniente grave en la filosofía de la historia, porque tienen mucho de hipotético y no pocas veces desfiguran los hechos, amoldándolos a las ideas peculiares, a los sistemas, a las preocupaciones y aun a la vanidad nacional del autor. La análisis nos parece el método más instructivo en el estudio de la historia.

REPORTER: —Sobre este particular usted ha hablado de la necesidad de que el joven conozca, apenas le sea posible, los fundamentos de lo que se le presenta bajo la forma de las generalizaciones abstractas. Me parece que esas fueron sus palabras, en un artículo de "El Araucano", aparecido en 1843 . . .

DON ANDRES: —La historia es un registro de experiencias de la vida de los pueblos, y las verdades con que ella alimenta la razón deben deducirse subiendo de los hechos a las relaciones, no descendiendo de las relaciones a los hechos. Esa sola es su misión. A la filosofía toca después la generalización suprema, la explicación definitiva de estas verdades por las leyes psicológicas del hombre y de la sociedad humana.

REPORTER: —¿Y en cuanto al método frente al alumno?

DON ANDRES: —No debe ser una serie de preguntas, como las de los catecismos de Ackermann, sino una tabla de materias, sobre las cuales se exploren con sagacidad la inteligencia y el aprovechamiento del alumno, obligándole a salir del carril de los textos escritos, y a expresar sus ideas de la manera que las concibe.

REPORTER: —Siento manifestarle, Don Andrés, que a pesar de que usted propuso hace ya 119 años un método tan moderno y racional como éste, el sistema de catecismos de pre-

guntas a lo Ackermann está todavía en uso en muchos liceos del Chile de 1962.

DON ANDRES: (Se ríe).

REPORTER: —¿Cuál sería, entonces, su recomendación para los jóvenes que se inician en el estudio de la historia?

DON ANDRES: —¡Jóvenes chilenos! Aprended a juzgar por vosotros mismos; aspirad a la independencia del pensamiento. Bebed en las fuentes. ¿Queréis, por ejemplo, saber qué cosa fue el descubrimiento de América? Leed el diario de Colón, las cartas de Pedro de Valdivia, las de Hernán Cortés. Interrogad a cada civilización en sus obras; ¡pedid a cada historiador sus garantías!

REPORTER: —Desearía pedir ahora su atención acerca de la Universidad. ¿Considera usted que la fundación de la Universidad de Chile en la época suya, responde a una necesidad vital del país? ¿Es, asimismo, necesaria su progresiva expansión?

DON ANDRES: —La Universidad de Chile ha sido establecida con este objeto especial. Ella, si corresponde a las miras de la ley que le ha dado su nueva forma, si corresponde a los deseos de nuestro gobierno, será un cuerpo eminentemente expansivo y propagador. Yo ciertamente soy de los que miran la instrucción general, la educación del pueblo, como uno de los objetos más importantes y privilegiados a que pueda dirigir su atención el gobierno; como una necesidad primera y urgente; como la base de todo sólido progreso; como el cimiento indispensable de las instituciones republicanas.

REPORTER: —Sin embargo, hay en todas las épocas voces críticas para apreciar la labor en constante expansión de la Universidad que, principalmente usted contribuyera a fundar . . .

DON ANDRES: —La Universidad no sería digna de ocupar un lugar en nuestras instituciones sociales si —como murmuran algunos ecos oscuros de declamaciones antiguas— el cultivo de las ciencias y de las letras pudiese mirarse como peligroso bajo un punto de vista moral, o bajo un punto de vista político.

REPORTER: —*Desearíamos que usted nos precisara la importancia que da a las letras en la formación universitaria...*

DON ANDRES: —¿Quién prendió en la Europa esclavizada las primeras centellas de libertad civil? ¿No fueron las letras? ¿No fue la herencia intelectual de Grecia y Roma, reclamada, después de una larga época de oscuridad, por el espíritu humano? Allí, allí tuvo principio este vasto movimiento político, que ha restituido sus títulos de ingenuidad a tantas razas esclavas; este movimiento que se propaga en todos sentidos, acelerado continuamente por la prensa y por las letras; cuyas ondulaciones, aquí rápidas, allá lentas; en todas partes necesarias, fatales, allanarán por fin cuantas barreras se les opongan, y cubrirán la superficie del globo.

REPORTER: —*¿Estima usted de importancia como materia universitaria el estudio de la realidad chilena en lo económico?*

DON ANDRES: —La Universidad estudiará también las especialidades de la sociedad chilena bajo el punto de vista económico. Examinará los resultados de la estadística chilena, contribuirá a formarla, y leerá en sus guarismos la expresión de nuestros intereses materiales. Porque en éste como en otros ramos, el programa de la Universidad es enteramente chileno: si toma prestadas a la Europa las deducciones de la ciencia, es para aplicarlas a Chile. Todas las sendas en que se propone dirigir las investigaciones de sus miembros, el estudio de sus alumnos, convergen a un centro: la patria.

REPORTER: —*¿Cómo ve usted, Don Andrés, un programa de extensión cultural desde la Universidad?*

DON ANDRES: —La historia natural, la física y la química se han hecho ciencias casi populares, y la industria ha llegado a ese grado de elevación y de perfección en que la vemos, cuando los gobiernos ilustrados, convencidos de sus utilidades, hicieron abrir casi en todas las ciudades cursos públicos a donde concurrían fabricantes, médicos, farmacéuticos, militares, manufactureros, etc. El estudio de la naturaleza corresponde a todas las clases y a todas las condiciones.

REPORTER: *Permitame, Don Andrés, formularle ahora algunas preguntas de orden más general. Se ha dicho por algunos de sus críticos que usted tiene tendencia al purismo idiomático...*

DON ANDRES: —Yo no abogaré jamás por el purismo exagerado que condena todo lo nuevo en materia de idioma; creo, por el contrario, que la multitud de ideas nuevas que pasan diariamente del comercio literario a la circulación general, exige voces nuevas que las representen.

REPORTER: —*¿No lo cree usted arriesgado en el siglo XIX en América Latina?*

DON ANDRES: —No. Se puede ensanchar el lenguaje, se puede enriquecerlo, se puede acomodarlo a todas las exigencias de la sociedad, y aun a las de la moda, que ejerce un imperio incontestable sobre la literatura, sin adulearlo, sin viciar sus construcciones, sin hacer violencias a su genio.

REPORTER: —*¿Qué consejo les daría usted a los poetas de Chile?*

DON ANDRES: —Les diría tal vez, si queréis que vuestro nombre no quede encarcela-

do entre la Cordillera de Los Andes y la Mar del Sur, recinto demasiado estrecho para las aspiraciones generosas del talento; si queréis que os lea la posteridad, haced buenos estudios, principiando por el de la lengua nativa. Haced más; tratad asuntos dignos de vuestra patria y de la posteridad. Dejad los tonos muelles de la lira de Anacreonte y de Safo: la poesía del siglo XIX tiene una misión más alta. Que los grandes intereses de la humanidad os inspiren.

REPORTER: —El cultivo de las letras ha sido, sin duda, la preocupación fundamental de su vida. ¿Cómo explicaría usted esta inclinación hacia la literatura?

DON ANDRES: —Porque yo mismo he podido participar de sus beneficios y saborearme con sus goces. Adornaron de celajes alegres la mañana de mi vida y conservan todavía algunos matices a el alma, como la flor que hermosa las ruinas. Ellas han hecho aún más por mí: me alimentaron en mi larga peregrinación, y encaminaron mis pasos a este suelo de libertad y de paz, a esta patria adoptiva, que me ha dispensado una hospitalidad tan benévola.

REPORTER: —Quisiera abusar todavía de su paciencia y preguntarle algo sobre nuestro progreso material, común a su época y a la nuestra. ¿Es usted partidario de una política de amplios créditos para alentar el progreso económico del país?

DON ANDRES: —La riqueza de un país no consiste siempre en su crédito y en sus recursos pecuniarios: es preciso que, además, sepa proveerse a sí mismo; y cuando haya llegado a este estado, entonces debe considerarse no solamente rico, sino también libre e independiente.

REPORTER: —Pero ¿cree usted que esto es posible en el Chile de su época, de tan escasa población?

DON ANDRES: —Si según los pocos terrenos que se han examinado, se procura conocer la riqueza del suelo, se verá que esta república puede, en rigor, y no obstante su falta de población, proveer, al menos a sus habitantes, de todas las materias de primera necesidad. Para esto no se necesita de sabios, sino sólo de personas que tengan algunas ideas de las ciencias naturales suficientes para conocer la naturaleza y valor de las producciones para aprovecharlas. Mas estas personas instruidas no existirán mientras la enseñanza pública no reciba esa gran reforma en que se trabaja desde algún tiempo.

REPORTER: —Pasando a otra materia, y como el tiempo apremia, permítanos preguntarle, a usted que tanto se interesa por el teatro clásico, su opinión sobre el teatro grecorromano, sobre algunos autores de su predilección. Hemos leído, por ejemplo, sus comentarios sobre Plauto y Terencio...

DON ANDRES: —Plauto se levanta a la verdadera comedia, a una de las más acabadas formas del pensamiento humano, sin que por eso dejara de comprenderle y admirarle la mayoría del público. Plauto tiene el gran mérito de expresar la fisonomía de Roma, y de hablar la lengua nacional.

A la muerte de Plauto, Terencio era todavía un niño. De Plauto a Terencio, hay un manifiesto progreso en el arte de conducir la acción; y aun no sería mucho decir, que en este punto se aventaja Terencio a todos los otros escritores dramáticos de la antigüedad. El complica la fábula, juntando a veces en uno, dos enredos, y produciendo, por consiguiente, dos intereses que, sin embargo, no se turban ni se embarazan, porque siempre hay uno dominante. Terencio es el poeta de la so-

ciudad fina, como Plauto es el del pueblo. No pinta, es verdad, las costumbres romanas, pero pinta el hombre. Ni Shakespeare ni Molière interesan por lo que tienen de sus respectivos países, sino por el uso que hacen del fondo común de la naturaleza humana.

REPORTER: —Y ya que de paso nos ha mencionado a Shakespeare, usted que vivió en Inglaterra debe tener opinión formada sobre los ingleses. ¿Qué es lo que más admira de ellos?

DON ANDRES: —Los ingleses no economizan su dinero, pero son avaros del tiempo. Admiro su exactitud escrupulosa en acudir a las reuniones. Un inglés regla su reloj por el de su amigo y se halla puntualmente en el paraje. Parece que hasta la pronunciación de la lengua inglesa se ha calculado para el ahorro del tiempo. Voltaire tenía razón de decir que los ingleses ganaban dos horas al día más que nosotros, comiéndose las sílabas. Hablan poco. Su lengua se compone en gran parte de monosílabos, dos de los cuales se funden muchas veces en uno: es un idioma de abreviaturas, una taquigrafía de palabras.

REPORTER: —Taquigrafía de palabras. Resulta, en verdad, una imagen muy moderna de la lengua de Shakespeare; sobre todo en nuestra época, en que el inglés que se habla y escribe en Estados Unidos es cada vez más eso: una figuración sintética por excelencia. Pero otra vez debo cambiar de tema. En su libro "Filosofía Fundamental", Jaime Balmes, a quien usted ha comentado extensamente,

sostiene acerca del concepto de espacio, que donde no hay cuerpo no hay espacio. ¿Cuál es su concepción del espacio, Don Andrés?

DON ANDRES: —Si el espacio, como opina nuestro autor, es la extensión del universo, se sigue necesariamente que, donde cesa el universo, cesa el espacio; pero el espacio así considerado no es el espacio como lo considera la generalidad de los hombres. Suponiendo finito el universo, más allá de sus límites es posible la existencia de otros cuerpos, de otros universos; esa posibilidad es, en otros términos, la capacidad de recibir cuerpos, la no-resistencia a los cuerpos; cualidad que constituye el espacio puro, que no se diferencia de la nada. Decir que más allá de los límites del universo no hay espacio, es decir que falta allí todo, que falta al mismo tiempo la carencia de todo, que es la nada; lo cual es evidentemente contradictorio.

REPORTER: —Don Andrés, creo que es la última estrofa de su poema "La Oración por Todos", como una despedida, la que cuadra a este momento...

DON ANDRES:

¿Perdonarás a mi enemiga estrella,
si disipadas fueron una a una
las que mecieron tu mullida cuna
esperanzas de alegre porvenir?
Sí, le perdonarás; y mi memoria
te arrancará una lágrima, un suspiro
que llegue hasta mi lóbrego retiro,
y haga mi helado polvo rebullir.